

subalternos debían ser reivindicados desde la voz hegemónica. Hoy intentamos romper las inercias históricas del pensamiento científico “occidental” desde una reflexión atenta y política que supone acceder al mundo de “el otro”, a su contexto y sus experiencias.

En ese sentido, proponemos los siguientes capítulos sobre cómo interpelamos y nos vemos interpelados en este proceso de investigación entre pares, en el cual procuramos la igualdad discursiva y la autonomía de la propia mirada de los participantes. Intentamos mostrar cómo hemos hecho para investigar desde la horizontalidad y de qué manera nos hemos ceñido a estos principios metodológicos para dialogar con el otro y producir conocimiento entre ambos.

Johannes Fabian demostró que la espacialización del científico social que después del trabajo de campo *retorna a casa*, ordena, sistematiza y recién entonces toma distancia y escribe, lo que hace es *negar la contemporaneidad* del otro (Fabian, 1983, p. 23). Pero lo que también negamos es la propia contaminación de nuestro trabajo, su productiva polución: el otro “ya está” en el autor; esa es la condición misma del diálogo y no el eventual reconocimiento de que el otro existe (como si tal cosa fuera necesaria). Tal vez la insistencia en la distancia y la imparcialidad soterra una implícita pero persistente relación entre distancia y *status quo*. Rosalva Aída Hernández lo expresa de este modo, parafraseando a Douglas Dowd: “Me siento heredera de una tradición académica que ha asumido que ‘la alternativa no es entre neutralidad y posicionamiento político. [Que] no estar comprometido no implica ser neutral, sino estar comprometido –de manera consciente o no– con el status quo” (Hernández Castillo, 2018, p. 83).

La condición dialógica de la producción de sentido es el elemento clave de la apuesta por la horizontalidad. Pero no es la más clásica y habermasiana ficción de la acción comunicativa. Corona y Kaltmeier (2012b) lo planteaban claramente: tomar en serio la condición dialógica de la investigación implica partir de, al menos, dos nociones: la conflictividad situacional y la dilución del sujeto soberano del discurso. No se trata de que “escucho a otro” frente a mí (y entiendo,